

LITURGIA Y SÍMBOLOS DEL MUNDO²²

Era sentimiento general en las comunidades cristianas primitivas que, como consecuencia de la muerte-resurrección del Señor, se concentrara, de modo especial, en la economía sacramental, en esa espléndida constelación de símbolos, la acción de Dios en la historia. Como ya decía san León, para los sacramentos de la Iglesia es que suceden los grandes gestos del Altísimo, para alcanzar efectos superiores a las acciones espectaculares del Antiguo Testamento. Y así, el mundo nuevo de la Salvación, sin dejar de ser también histórico, es toda una economía a la cual se tiene acceso y participación a través de símbolos al mismo tiempo antiguos y nuevos.

Por ellos se comunican los misterios de la encarnación, muerte y resurrección de Cristo a los hombres de todos los tiempos y culturas, mediatizando el amor de Dios y la fe de la Iglesia.

Queremos señalar aquí que la “dynamis” divina que asume ese universo simbólico establece múltiples relaciones con las tradiciones religiosas de la humanidad y adopta, sin perjuicio de su originalidad singular, receptáculos de tesoros espirituales que ponen a la Iglesia en contacto vivo con toda la profundidad de lo humano.

Asumiendo antiguos símbolos de la humanidad, Cristo no revela falta de imaginación, ni puede la Iglesia, por causa de su mundo sacramental enraizado en lo humano, ser acusada de insuficiencia creativa.

El culto no es sólo obra de la razón. Sus imágenes básicas vienen de las profundidades del alma, que son la cuna de los ritos.

De este modo, los ritos no son meros canales de Dios, bajados ya totalmente hechos desde el cielo, que desembocan sorpresivamente sobre la criatura. Son, sin duda, gestos divinos, expresan la iniciativa absoluta de Dios, pero son, al mismo tiempo, gestos del hombre que sumergen sus raíces en la capa más profunda de la experiencia arcaica de la humanidad.

Así, los ritos sacramentales, conservando toda su novedad, nos son sumamente familiares. Cargan de su contenido material y también espiritual a nuestra experiencia de milenios, y nacen de un paisaje familiar que confiere a la iniciativa divina ese sustrato doméstico que permite al hombre no sentirse extraño en el propio proceso de su salvación.

En la liturgia, la simbólica del mundo conserva su forma primitiva que el amor de Dios amplifica, después de purificarla, en una eficacia inesperada. Es en ella, en la liturgia, que la antigua Poesía del mundo y la mímica expresiva del cuerpo, con sus símbolos naturales y sus gestos solemnes, armonizan la gracia y la cultura. Por ella, también podemos presentir, aunque de modo incoativo, la transfiguración escatológica del hombre y de su mundo, y percibimos que los cielos nuevos y la tierra nueva no constituyen productos absolutamente discontinuos en relación con el hombre histórico situado en el tiempo y en el espacio. El mundo de la creación y de la cultura es recuperado y se torna símbolo del mundo nuevo que emerge en la resurrección de Cristo. La integración de la naturaleza y de la historia en la acción sacramental de la Iglesia es un anuncio del Reino que debe venir.

Mientras tanto, debemos reconocer que el hombre moderno se siente constreñido frente a este tipo de acción y del conocimiento. Está habituado a los procesos de causalidad eficiente. Le repugna ver en la causalidad “ejemplar” un modo de conocimiento tributario de la mentalidad pre-lógica y, por lo tanto,

²² Tradujo: Hna María Verónica Zavalla, osb. Monasterio Gozo de María. Córdoba – Argentina.

insuficiente para fundar una certeza verdadera. A lo sumo, piensa él, es un proceso admisible a nivel de invención poética pero ésta, aunque le agrade, no constituye para él más que un mundo falso.

Para tal mentalidad, todo lo que depende del símbolo es simple resurgir o “temosidad” de una era ultrapasada.

Y entre tanto, la liturgia sigue llamando nuestra atención sobre el valor permanente del mundo de los símbolos. Y esto no se da por mero arqueologismo. Las intervenciones más recientes de la autoridad eclesiástica en materia de ritos fueron hechas, justamente, para restaurar la *verdad* de los símbolos en su densidad más material y significativa.

Fue sobre todo el Occidente quien más perdió el contacto con el simbolismo, aun cuando sea verdad que el símbolo, expulsado por la puerta, vuelve a entrar, disfrazado, por la ventana que el mundo tecnológico no consigue cerrar. En su sueño cartesiano de lucidez angélica, el occidental se olvidó de que no nos alimentamos solamente de ideas, ni sólo de conocimiento científico sobre nosotros mismos y sobre las cosas. Los procesos discursivos, por más nobles que sean, no consiguen dar sino una experiencia superficial. Son incapaces de dejar deslizar la realidad misma de las cosas hacia nuestro corazón.

Por faltar esto, perdemos mucho del sentido de nuestra inserción nativa en el mundo. Estamos como desprendidos de las cosas y perdemos una estrella de guía, en cuanto la sorda aspiración de las criaturas para con su pastor, que es el hombre, delegado de Dios, choca con nuestra indiferencia.

Somos ciegos ante las señas de los símbolos inscritos en la creación, sordos a su murmullo mágico, y con esto nos cerramos a ese lenguaje de Dios. Pues los símbolos son, como decía Hoelderlin, “la lengua de los dioses” (Oda a Rousseau).

Una naturaleza reducida exclusivamente a objeto de ciencia positiva y separada de todo valor trascendente, es como un cielo nocturno que se apagase. Y la Poesía, la antigua pastora de los símbolos, se ve, como en Sartre, reducida a un mero conjunto de imágenes que no se refiere absolutamente a nada.

A la inteligencia le corresponde, sin duda, la tarea de pensar el universo inteligible. Pero también la intuición supraracional es otro espejo del mundo y un indispensable instrumento de su comprensión total.

Bajo este aspecto, la Poesía es un conocimiento auténtico, cuyo fruto es el descubrimiento de la Belleza del mundo, ese “paseo por el país de la Belleza”, de que habla Novalis. Ella consigue captar la inagotable fosforescencia que emana de la verdad intrínseca del ser, y nos introduce en aquel secreto del ente, confiado por Dios a cada cosa en el instante de la creación. Sin ella, ¿cómo descubrir las “coincidencias” (sentido etimológico de la palabra “símbolo”) que alimentan los mitos y, con ellos, las capas más profundas del alma humana?

Ahora bien, la liturgia es el propio símbolo elevado a la dignidad de misterio. En la escala del conocimiento, ella supera el grado del conocimiento positivo, el grado del conocimiento poético, y los reincorpora en una síntesis superior.

Por consiguiente el Amor infinito que guía infaliblemente la historia humana confiere a los antiguos símbolos del hombre una imprevista eficiencia.

En la liturgia, pues, la simbólica del universo encuentra su más alta expresión, tiene acceso a una verdad aún más profunda y sublime que a la gran verdad psicológica que ella ya introduce en provecho del hombre, en su busca inmemorial de reconciliación consigo mismo y con el universo del que forma parte.

Allí, efectivamente, las esencias de la tierra abren su corola al rocío del cielo y se tornan mediadoras, consagradas por el Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros.

La redención no es un simple rapto del hombre a un cielo heterogéneo, sino que es la penetración de las luces del mundo divino en nuestra realidad total, entre los seres amigos, en un universo fraterno. Y junto a la liturgia, con sus grandes símbolos teándricos, nos comunica la salud eterna y la salud corporal, pues ella es ya el universo reconciliado, investido de gloria.

*Abadía de San Sebastián, de Bahía
Brasil*